

frido horriblemente... ¡Y de seguro, no lo sabemos todo! Barrousse cree también que el barón Mosés, en cuya casa estaba Pedro, podría informarnos sobre esto. Es una gran desgracia que esas gentes hayan venido á este país... Barrousse es quien lo dice.

Hubo un penoso silencio en la sala.

Los otros dos no parecían estar de acuerdo con su hermano, y no querían discutir con él.

Por la ventana, abierta sobre la pradera, entraba una frescura húmeda en la sala, que el sol de julio había caldeado.

Un quinqué de petróleo suspendido del techo, con una pantalla blanca, alumbraba la mesa, dejando el resto de la habitación casi en la obscuridad.

De pronto el suboficial se volvió hacia la pradera.

—¿Habéis oído?—preguntó.

—¿Qué?

—Parece que andan por ahí.

—¿Quién podría ser?—dijo el posadero.

Luis fué á la ventana y registró entre las tinieblas.

No vió nada.

—Es extraño—dijo.—Me había parecido escuchar pasos... Respecto á Pedro, esto no puede quedar así. Hay que averiguar lo que le ha pasado. No pienso tardar ni dos días. Si Pedro vive, le encontraré, y si ha muerto, se sabrá cómo...

El posadero se volvió á su vez hacia la ventana.

—Es verdad—dijo.—Luis tenía razón. Hay alguien por afuera.

Una sombra oscura se dibujó en la ventana sobre el fondo algo más claro de la noche.

El militar se levantó diciendo:

—¿Quién es?

Una voz contestó:

—¡Silencio!

—¿Quién es usted?

Los tres hermanos observaban con asombro aquella sombra que hablaba.

—¿No me conocéis?—dijo.

—¡Pedro!—exclamó el militar.

—¡Sí, yo soy!

Y al mismo tiempo saltó por la ventana y apareció en la sala entre la estupefacción de los tres hermanos.

XXII

De vuelta.

Pedro Dantenac cerró las puertas, corrió los cerrojos, y sentándose á la mesa en que sus hermanos permanecían inmóviles, dijo tranquilamente:

—Pues bien, ¡yo soy! ¿Lo dudáis todavía?

—¡Pedro!

—¡Tú!—dijo el suboficial.

—Me habeis creído muerto, enterrado, perdido ó sumergido en el fondo del agua con una piedra al cuello. Todo esto hubiera podido ser y ha estado á punto de

serlo. Por fortuna me he podido librar.
¡Abrcémonos!

Los Dantenac nunca habian tenido disgustos, ni rencillas. Se querian sinceramente, sin demostraciones vanas, con lealtad.

Una vez que volvieron de su asombro, todos se arrojaron en los brazos del hermano mayor.

—¿Estamos solos?—preguntó.

—Completamente.

—¿No hay nadie más levantado en la casa?

—Nadie.

—¿Si estabas ahí, por qué no entrabas?

—Estagnou me inquietaba. Es joven. Una imprudencia se comete muy fácilmente, y entonces, adiós mis proyectos.

—¿Qué piensas hacer?

—Ya comprendereis que si vengo así, de noche, como un ladrón, es porque tengo mis razones.

—Nos las dirás.

—Sin duda.

—¿De dónde vienes, de París?

—Hoy no. Estoy en Caubous hace diez días.

—¿Y no me has avisado?—exclamó Miguel en tono de reproche.

—Estaba muerto y deseo que se crea que lo estoy todavía.

—¡Muerto!—preguntó el militar, con una inquietud que no se le escapó á su hermano.

—No temas nada—dijo,—tengo todo mi juicio.

Sacó de su bolsillo un periódico antiguo y se lo entregó al soldado, diciendo:

—Lee donde está señalado de rojo.

Era la falsa información facilitada á la prensa por Brichard, y en la que se hacia alusión al suicidio del empleado de los Mosés.

—¡Demonio!—dijo Luis devolviendo el periódico.

—¿Comprendes ahora?—dijo el hermano mayor.

—Casi, casi.

—Estas líneas las han insertado evidentemente los que me han hecho asesinar...

Los tres hermanos abrieron desmesuradamente los ojos.

—O que me han asesinado ellos mismos—concluyó tranquilamente Dantenac.

—¿Has sido asesinado?—preguntó el africano, á quien nuevamente acometian las dudas de antes.

—Dos veces, y en las dos me he salvado por milagro.

—¿Es posible?

—Si lo dudais, voy á enseñaros una prueba irrecusable.

Esta vez fué su tarjetero lo que sacó del bolsillo, de donde había sacado el periódico.

Estaba atestado, como cuando volvió de Lisboa, de papeles y de billetes de Banco.

Pedro Dantenac lo sacudió sobre la mesa.

De entre medio de los papeles una bala aplastada cayó sobre la mesa.

—El tarjetero estaba aquí—dijo, poniendo la mano en el pecho.—A no ser por él, la bala hubiera ido derecha al corazón. Pero no es eso todo.

—¿Qué más?

—El arma que usaba el asesino era un revólver de primera. La segunda bala entró aquí.

Descubrió su hombro, en el que se veía una cicatriz reciente de tres centímetros de diámetro.

—El bandido no tuvo tiempo de hacer más disparos. Yo no tenía más armas que estas...

Y enseñó los puños.

—Pero son fuertes. Tenía casi ahogado al asesino y estaba á punto de arrojarle al suelo desde el balcón, á una altura de treinta pies... pero cedí ante las súplicas de una mujer...

—¿Quién era esa mujer?—preguntó el posadero.

—La mía.

—¿Y el hombre?—preguntó el militar.

—El barón Jacobo Mosés, su amante.

—¿Qué dices?

Pedro Dantenac repitió friamente:

—El barón Jacobo Mosés, su amante. Los había sorprendido, y en medio de mi cólera propuse un combate leal á aquel miserable. Esas gentes no se baten.

Asesinan á su enemigo ó pagan á otro para que los asesine. Al día siguiente la señora Dantenac se suicidó. ¿Por qué? Todavía no lo sé, aunque tengo una duda. ¿Pero qué importa?

La voz de Pedro Dantenac se alteró.

Hizo un esfuerzo sobre sí mismo, y con voz firme y seca prosiguió:

—Jacobo Mosés no perdió el tiempo. A los dos días, por la noche, atravesando un puente solitario, me dieron un golpe capaz de tumbar á un toro, y me arrojaron al agua. Afortunadamente, á poco, pasó por allí un barco de recreo; los que iban en él, una buena gente, me recogieron y me han cuidado en secreto. Me vine aquí á poco, y el aire de las montañas, con el deseo y la esperanza de vengarme me han curado muy pronto. Afortunadamente, hoy me encuentro más fuerte que nunca, y me alegro, porque lo necesito.

—¿Que lo necesitas?—preguntó el suboficial con los codos apoyados sobre la mesa.

—¿Piensas acaso que ese hombre, por rico que sea, me ha deshonrado y ha tratado de asesinarme para no recibir castigo?

—No.

—Pues oye. Eso es lo que ha hecho el hijo. Ahora verás lo que ha hecho el padre. Había en Marignac una joven hermosa, casta, cariñosa y modesta. Uno de vosotros iba á casarse con ella.

—Benedetta—murmuró Juan.

—Sí, Benedetta, la flor de la pureza. El monstruo trató de seducirla ofreciéndola lujo y riquezas. La desventurada rehusó. Una noche, auxiliándose con otro infame, la robó, la hizo dormir con no sé qué droga, y el malvado ultrajó á la pobre niña. Después volvieron á dejarla en la carretera amenazándola cruelmente si hablaba. Luego, cuando la desgraciada se fué á París á ocultar su vergüenza, la policía del barón la descubrió y valiéndose de un engaño, la aprisionaron. Mientras tanto el hijo de aquel crimen, porque la desgraciada tuvo un hijo, murió separado de su madre. No ha obtenido su libertad más que prometiendo al tirano que aceptaría voluntaria la infamia de ser suya. Esta es su historia. Deshonrada, es un ángel de virtud; marchita, es más pura que el lirio de los valles; sin embargo, sufre la pena del crimen de otro y sin ser profeta, puedo decir que está atacada al corazón y morirá.

Y añadió con sombría energía:

—¡Pues bien! delante de Dios que nos escucha, me ayudeis ó no, prometo que la vengaré y me vengaré al vengarla.

—Juan Dantenac, aterrado, permanecía inmóvil como herido del rayo.

El posadero movió la cabeza y dijo:

—Tienes razón, Pedro; ¿pero qué podemos contra ellos?

—Lo que pueden las gentes honradas contra los bríbones que les atacan.

Y añadió bajando la voz:

—Si túvieramos á los Mosés, una noche, en nuestras montañas, cara á cara con ellos...

—¡Quimera!—murmuró el pasadero.

—¿Por qué quimera?—replicó vivamente el africano.

—Si cayeran en nuestro poder sin que nadie sospechara nada; si pasaran tres ó cuatro horas sin saber á dónde iban, algunos días después las gentes que les adulan y les sirven se dirían: «¡Es extraño! ¿Dónde se han ido los Mosés? ¡Desaparecidos! ¡gentes tan ricas!» Si después de muchas conjeturas, la justicia acabara por fijarse en nosotros, y yo, yo solo, me presentara ante el tribunal diciendo: Yo les he matado. El viejo Mosés había ultrajado á la futura de mi hermano, y el hijo, Jacobo, ha tratado de asesinarme dos veces, después de haberme robado el honor... ¿Crees tú que me condenarían?

—¿Tienes las pruebas?—preguntó el suboficial.

—Las tengo.

—¿Crees que puedes triunfar?

—Cuando se va á la guerra, ¿se tiene el triunfo seguro?

—Tienes razón.

—¿Quién te ayudará?—preguntó el posadero convencido.

—Por de pronto, tú.

—Puedes contar conmigo. ¡No se dirá que un Dantenac ha abandonado nunca á su hermano! ¿Y además?

—Luis y Juan.

El soldado hizo un signo enérgico.

El guía, con la cabeza entre las manos, escuchaba con una atención extraordinaria.

Todo el pasado acababa de aclararse para él.

—¡Oh! sí—murmuró con voz sorda.

—¿Y la tía de Caubous, la has consultado?—preguntó Miguel.

—Tú mismo la verás.

—¿Cuándo?

—En el momento de obrar.

—¿Tendrá lugar la cosa en Caubous?

—Quizá: no sé cuándo ni en dónde, pero hay que estar preparados. Puede ser mañana ó puede ser dentro de ocha días.

El soldado se alegraba.

Aquello era la guerra, y toda guerra le parecía bien.

—Deja obrar á Pedro—dijo.—Cuando se persigue al lobo, ¿se sabe dónde se le va á encontrar?

Y apoyando su mano nerviosa en la de su hermano mayor, dijo:

—No temas nada. Miguel es prudente; pero puedes contar con él como contigo mismo.

Pedro se levantó.

El reloj señalaba la una de la mañana.

—Os dejo. No digais á nadie una palabra de mi venida.

—¿Ni á Victoria?

—Sobre todo á Victoria. Las mujeres tienen nervios... Ya encontrarás motivo

para una ausencia un poco larga... Una enfermedad de la tía, por ejemplo.

—Bien.

—Adiós.

Los cuatro hermanos se abrazaron.

—No sabéis lo contento que estoy de encontrarme aquí—dijo el militar.—Estate tranquilo, que la razón es nuestra.

—¿Te vuelves á Caubous?—preguntó Juan.

—Sí.

Pedro Dantenac extendió la mano en dirección del hotel Mosés, en la avenida de la Pique, diciendo:

—Me creen muerto, y eso les perderá. Si me vieran me tomarían por un fantasma. ¡Adiós!

Y saltando nuevamente por la ventana, se dirigió al arroyo por la pradera, desapareciendo en medio de la noche.

XXIII

Pasión senil.

A la hora en que los Dantenac se reunían en la posada de Gamuza, el hotel Mosés estaba ocupado por el más importante de sus dueños.

El viejo, cediendo á su impaciencia, se habia adelantado al resto de la caravana que se dirigía de París á Luchon.

Caussedé, que no abandonaba á su amigo, por miedo sin duda de que se le esca-